

Entrevista con Doña Jimena

Antonio López Romero

Conocí a Doña Jimena Quirós Fernández Tello en aquel Madrid de comienzos de los 80. Mágico, convulso, nuevo. La vida entonces era analógica. Encontrabas a la gente por la calle, de casualidad. Los teléfonos fijos eran un lujo para los estudiantes. Las cabinas eran tan caras como solicitadas por una legión de transeúntes que con el diario *Ya* bajo el brazo buscábamos piso y trabajo.

Casi en el ecuador de la carrera universitaria empecé a plantearme la necesidad de hacer algún trabajo esporádico como periodista. Las prácticas estaban muy solicitadas y los afortunados llegaban a las redacciones casi sin hacer ruido, como intrusos invisibles, esperando que alguien les encargase algo que hacer.

Ante la falta de expectativas tiré de contactos proponiendo a una radio de provincias realizar una serie de entrevistas de personajes de todos los estratos sociales, vinculados con Almería, que hubiesen hecho de alguna forma carrera en Madrid. La colaboración era por supuesto gratuita y el director de la emisora accedió.

Vagando por las calles, tirando de listín telefónico buscando apellidos de personajes de la tierra afincados en la capital, pude poco a poco realizar mis primeras entrevistas a paisanos de todas las profesiones. Profesores, médicos, propietarios de bares y pubs, comerciantes, periodistas, políticos...



Jimena Quirós Fernández Tello. Hacia 1916



Jimena Quirós con su madre y sus hermanos. Hacia 1921

En los primeros momentos la caza del almeriense era una tarea poco atractiva. En ocasiones trataba de pegar la oreja a conversaciones callejeras con la esperanza de detectar ese acento andaluz tan poco musical como entrañable, que con escaso margen de error sitúan al hablante en cuestión entre Jaén, Granada y Almería.

Con bastante perseverancia poco a poco fui haciendo una lista de contactos, que a su vez me fueron poniendo en comunicación con otros. La cosa era bastante sencilla. Se trataba de entrevistas de tres minutos a lo sumo, que ya era demasiado tiempo para la radio. Las preguntas habituales de orígenes, motivo de la estancia en Madrid y cualquier floritura que el entrevistado quisiera destacar en aquellas conversaciones de guante blanco.

Era un periodismo sin interés para quienes creíamos que las buenas noticias no eran noticia. Pero bastante gratificante para el personaje en cuestión cuya voz sonaba muy próxima al terruño que le vio nacer, aunque fuese en diferido mediante el envío de las cintas de cassette que utilizaba mi grabadora. Aquello no solo no me hacía ganar dinero, sino que me costaba.

Uno de esos días que esperaba conseguir un testimonio interesante de un periodista triunfador, me quedé sin invitado. Aquel director de Dalías, descendiente de una de las familias que antaño se habían enriquecido y conocido mundo con el comercio de la uva de mesa, me dejó plantado.

Ya que estaba en un barrio bien, de esos de portería y conserjes de uniforme, fui preguntando de caserón en caserón por alguien de Almería en el vecindario. El boca a boca me llevó a un piso de la calle Velázquez, donde al parecer, residía una señora mayor que era paisana. El edificio estaba siendo rehabilitado con unos aparatosos andamios. Como si necesitase un mantenimiento a fondo. Luego me enteré que se había producido un pavoroso incendio del que Jimena Quirós se libró pero no su casa y buena parte de sus recuerdos más queridos.



Jimena Quirós realizando un curso de oceanografía en 1925 con el científico francés Adrien Robert. Foto gentileza Pérez Rubin

Con el ascensor averiado subí aquellas escaleras que no acababan nunca y me planté frente a su puerta en la séptima planta. Me abrió una señora envejecida, como caracterizada de película. Echando un vistazo a las fotos repartidas por la casa, aún guardaba un gran parecido en figura y aspecto con la joven que llegó a Madrid en septiembre de 1916 para estudiar Ciencias en la Universidad Central.

Quise inútilmente convencerla de que se trataba de una entrevista muy rápida y que necesitaba que me resumiera su dilatada vida en tres minutos. "La memoria no es lineal", me espetó con gesto serio. "Puedo contarle muchas cosas, pero no me ponga condiciones", concluyó.

Doña Jimena me causó una gran curiosidad. Nacida en Almería a finales de siglo XIX, trasladada a Madrid a estudiar una carrera universitaria que terminó con brillantez, no era el patrón normal de una mujer andaluza de su época.

Su actitud era distante, desconfiaba de todo, como el que, golpeado por la vida no se fía ni de su sombra. Hablaba muy bajito, como si temiese ser oída por alguien ajeno. Su actitud contrastaba con la mía, acostumbrado a hablar a voces y con un deje que ella había perdido por completo.

Empecé a hablarle de usted, porque en esa distancia se encontraba más cómoda. Y porque estaba acostumbrado por educación a tratar con sumo respeto a las personas mayores. Creyendo tener un filón informativo a medida en que me iba contando historias tan interesantes como deslavazadas, llegó el momento de sacar la grabadora para ponerla en marcha. Aquella era la verdadera prueba de fuego. Si el magnetófono le provocaba rechazo sería muy difícil seguir con aquella amistosa charla.



Jimena Quirós acompañada de otros compañeros en un congreso nacional del Partido Republicano Radical Socialista. Hacia 1932.

Doña Jimena no se inmutó. Comencé a grabar todo lo que salía por su boca. Las preguntas que traía preparadas quedaron sin sentido. Para no contradecirla ni interrumpirla le propuse que hablase lo que le apeteciese, comenzando por todo lo referente a Almería, ya que era nuestro nexo de unión.

Mis visitas se prolongaron durante varias semanas. Guardaba las cintas como un valioso descubrimiento. A cambio gastaba una verdadera fortuna en pilas y nuevas cintas vírgenes para seguir grabando sin borrar las anteriores.

A medida en que las visitas se fueron sucediendo su distanciamiento emocional se fue disipando. Cuando entendió que había llegado el momento oportuno, empezó a mostrarme toda clase de documentos que guardaba, que además daban testimonio cierto de lo que me contaba. Recortes de periódicos que hablaban de

su pasado como investigadora, feminista y política republicana de izquierdas. Artículos de prensa firmados por ella misma.

Me habló de su familia mostrándome una colección de fotos que conservaba. Muchas de ellas quemadas por el incendio que años atrás había destruido buena parte de sus tesoros de toda una vida. Me enseñó también papeles sobre sus nombramientos dentro del Instituto de Oceanografía, de su estancia un año en Nueva York para perfeccionar sus estudios de Ciencias Naturales. Y de otras cuestiones menos agradables sobre cómo la familia de investigadores De Buen le habían hecho la vida imposible hasta expulsarla de su trabajo en plena Guerra Civil.

Aquella avalancha informativa me superaba. No tenía ni idea quien era Victoria Kent, ni Clara Campoamor, ni Marcelino Domingo, ni María de Maeztu. No conocía su partido Republicano Radical Socialista. Me sinceré con ella y le confesé que conocía con bastante precisión la vida del emperador Trajano pero que de la Segunda República solo acertaba a reconocer nombres aislados de poetas y artistas emigrados y algún retornado del exilio cómo Madariaga, Carrillo o la Pasionaria. A lo sumo algo muy superficial de la vida del presidente Manuel Azaña.

Como aquellos años del 30 al 39 parecían no existían en los libros de texto de historia que estudié, a Doña Jimena, que había sido también profesora de instituto, no le extrañó mis nulos conocimientos en la materia.



Jimena Quirós, sentada a la izda de la imagen en una reunión de la Sociedad Teosófica de Madrid. Comienzos años 70.

De las entrevistas pasamos a las lecciones. No en vano me contó que sobrevivió casi treinta años dando clases particulares a domicilio en el Madrid de la posguerra. En una de aquellas tardes le comenté agobiado que no sabía qué hacer con el torrente de grabaciones y documentos que me iba proporcionando. Ni tenía capacidad para convertir todo aquello en un serial y menos en un libro.

Ante mi pesimismo y abatimiento ella me animó a seguir. Me dijo: "ya que has empezado acaba tu trabajo. Esto no es una noticia que si no se publica hoy morirá mañana. Puedes guardarlo en un cajón. Y cuando pase el tiempo y lo vuelvas a abrir decide si te parece interesante y actual como para sacarlo a la luz".

Una tarde de mayo de 1982 Jimena no me abrió la puerta. La portera de la finca me dijo que se había puesto enferma y la habían hospitalizado. Cuando mejoró la llevaron a una residencia. Ya no la vi más. Un tiempo después pregunté por ella y me confirmaron su muerte. Abatido por su triste y anónimo final guardé los documentos, las fotos y las cintas y no tuve ánimo para hacer nada con todo aquello.

Con el paso de los años abrí aquel cajón y me esforcé por poner orden en aquella madeja enredada de información. Y en ello estoy.

Jimena Quirós fue una superviviente a la maldición de las dos Españas. Gracias a ella pude conocer a miles de hombres y mujeres pertenecientes a una generación de la Edad de Plata de las Letras y las Ciencias, que en el caso femenino no puede quedarse solo en las que destacaron en la política o en las artes. Hay mucho más, por fortuna. Miles formadas gracias a la Institución Libre de Enseñanza para conducir a una España, diversa y plural, con la riqueza de sus cuatro idiomas, a la modernidad del entonces Mundo Anglosajón. Pero aquello era demasiado fácil para ser verdad. Los "ismos" culturales y políticos entraron en conflicto y como una temible plaga lo arrasaron todo.

Muchas huyeron. Otras murieron defendiendo una República imposible y condenada a su suerte por las naciones vecinas. Jimena estaba preparada para emigrar y vivir el sueño americano. Pero sacrificó su vida acudiendo al rescate de su familia y cuidando de hermana, madre y tías hasta que fueron desapareciendo. Como premio a sus desvelos se quedó sola, despedida del trabajo, represaliada por el Gobierno legítimo y por los que se alzaron contra él.

Esa actitud cainita llevó a un ilustre hombre de ciencia, como su propio mentor Odón de Buen, a convertirse en un ser prepotente. Esta gloria de la Oceanografía creyó, por llevar tantos años al frente de la Administración Pública, que todo aquello era suyo y que algún día lo heredarían sus hijos. Olvidó que el contribuyente pagaba con sus impuestos sus sueldos y toda la maquinaria pública.

A Jimena no le perdonaron nunca que fuese una mujer brillante en un mundo de ciencia reservado a los hombres. Desde sus estudios de bachiller en Almería, en

los que era casi el único alumno con falda, hasta que entró en abril de 1920 en el Instituto de Oceanografía y se convirtió en la primera mujer contratada, que hizo una campaña oceanográfica y que publicó el primer artículo científico. Antes de ello había acabado la carrera de Ciencias Naturales en la Central de Madrid con premio extraordinario y calificación de sobresaliente. Ese año de 1921, fue la única mujer de todas las carreras científicas de la Universidad Central en obtener tal galardón.

Jimena olvidó que la envidia es el deporte nacional y que no distingue de razas, edad o sexo. Pero entonces su condición femenina provocaba más rechazo. Destacar como científica en un país de mujeres que iban a la fuente a llenar el cántaro y allí encontraban su único foro, era una temeridad, un pulso al orden establecido. Y en esa España de pan y circo participó en la creación de nuevos modos de entender la comunicación y el desarrollo cultural de la mujer, como el *Lyceum Club*. Mientras más crecía su figura como profesional solvente, becada en Estados Unidos por la Junta de Ampliación de Estudios y respaldada por la Residencia de Señoritas de la Institución Libre de Enseñanza, más aumentaba también el recelo de quienes la rodeaban.

Doña Jimena tuvo dentro del Partido Republicano Radical Socialista un importante papel divulgador en aquellos años ilusionantes del bienio progresista. Como incansable conferenciante defendió a ultranza la formación de las niñas para conseguir un empleo digno. Y con ese afán divulgador recorrió en varias ocasiones la provincia de Almería. Para que una nueva mujer fuese independiente debía serlo económicamente, como único modo de obtener la autonomía mental y social. Mantuvo una gran amistad con la almeriense más famosa de la época: la periodista y escritora Carmen de Burgos, *Colombine*, compañera también de partido.

A través de su trayectoria conocí la de algunos hombres buenos que intentaron cambiar el curso de la historia de España. En la lista de estos varones justos se encuentran su hermano José Quirós y Marcelino Domingo, hijo de andaluz y catalana. Uno de esos hombres que han cosido el republicanismo y el catalanismo de este país y con ello a España.

Me aterra la profecía de que los pueblos que no conocen su historia están condenados a repetirla. Por ello es más apasionante la vida de esta mujer, que tuvo además la valentía de quedarse aún a sabiendas del castigo que le esperaba. Muy al final de su vida consiguió que se hiciera justicia y que se la reintegrara en su puesto de trabajo, recuperando unos haberes que tanta falta le hicieron durante su destierro interior. Para entonces era demasiado vieja para reincorporarse a la profesión que tanto amaba. Dedicó los últimos años de su vida a la teosofía, la búsqueda de la verdad a través del conocimiento, mediante el estudio comparativo de Religión, Ciencia y Filosofía.

Jimena Quirós falleció el 23 de junio de 1982 en una residencia de Pozuelo. Se fue de este mundo sin que a muchos de los que comenzábamos la carrera de la juventud nos diese tiempo a conocer su vida, su obra, su lucha. España permanecería ignorante de los logros y hazañas de esta representante de una generación brillante que una Guerra y una Posguerra arrinconaron y encerraron en un cuarto oscuro. Para cuando pudieron caminar con libertad por las calles eran demasiado viejos para sentirse parte de una sociedad que los vio morir con indiferencia.